

XLII Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2026

LA PUERTA

DAVID FERNÁNDEZ SIFRES

ACCÉSIT

El 17 de Julio de 2026,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Eloy Tizón, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Encarna Esteban Bernabé y José María
López Ballesta, otorgaron el Accésit de la cuadragésimo
segunda edición al cuento titulado La puerta,
de David Fernández Sifres.

David Fernández Sifres nació en León en 1976. Casado y padre de tres hijos, es licenciado en Derecho y funcionario de la Escala Superior de Técnicos de Tráfico. Compagina este trabajo con su vocación literaria.

Si bien comenzó escribiendo relato corto, género en el que fue reconocido en casi una veintena de ocasiones (**Pluma de Oro, Ciudad de Cabra, Bárbara-Ansón, Dulcinea, Hucha de Oro, Ciudad de Elbar, Tomás Fermín de Arteta**, entre otros), en 2010 decidió volcarse en la literatura infantil y juvenil, campo en el que ha publicado una treintena de libros y recibido algunos de los galardones más importantes, como el **Premio El Barco de Vapor, El Premio Ala delta o el Premio Alandar**.

Su obra ha sido traducida a distintas lenguas y abarca desde libros para primeros lectores hasta novelas crossover (juvenil-adulto).

LA PUERTA

La casa de sus sueños resultaba extrañamente barata. La vieron por casualidad, a través de la ventanilla del coche, mientras buscaban alguna cala perdida en la que pasar el domingo.

-¡Mira! Se vende esa maravilla, -había exclamado ella, y él había sonreído tristemente, sabedor de que no podían pagar algo así.

Pero podían. Lo supieron porque dos días después marcaron el número que aparecía en el cartel y solo tres más tarde se presentaban a la hora indicada frente a la verja de la mansión. Ni una muestra de óxido en sus hierros. Ni una hoja muerta sobre el césped. Ni una mala hierba entre las piedras que conducían a la entrada.

Les recibió un hombre viejo, enjuto y pequeño, vestido con un traje oscuro perfectamente planchado. La puerta no chirrió.

-Los señores Antúnez ¿verdad?

-No estamos casados -murmuró la mujer con una sonrisa. El anciano frunció el ceño de modo casi imperceptible.

-Yo soy Miguel Antúnez -se adelantó el joven, extendiendo la mano-. Hablé con usted por teléfono.

La casa era de piedra y estaba construida al borde mismo del acantilado. Tenía dos plantas y una buhardilla, y un bosque de eucaliptos parecía dejarla al margen de la realidad y del tiempo. El viejo se la enseñó sin prisas, haciendo hincapié, sin explicación lógica aparente, en aquellos detalles que siempre habían deseado para la casa de sus sueños. Una cocina amplia, un salón acogedor, forrado de madera, con una chimenea en un rincón precedida de grandes cojines en el suelo. Una habitación en lo más alto de la casa, con techo inclinado y una ventana sobre la cama redonda a través de la cuál ver las estrellas en noches tranquilas. Y el mar. Sobre todo el mar.

A un extremo del pasillo de la segunda planta había un ventanal inmenso, desde el que se veía perfectamente el océano, a la derecha. Exactamente como lo habían deseado siempre. La vista que querían poder contemplar durante el resto de

sus vidas. La sensación perfecta de libertad y frescura. Al otro extremo, otro ventanal enfrentaba el bosque. Verdor, aislamiento, tranquilidad en estado puro. El anciano dejaba escapar estas palabras de forma lenta, siseante, como si fuesen las palabras de un hechizo que hubiera que repetir con la cadencia justa para lograr el efecto deseado.

Pero no habría hecho falta. Miguel y Laura tenían decidido comprar la casa desde mucho antes de que el anciano tratase de convencerlos así. Lo tenían decidido desde que imaginaron su casa perfecta, años atrás, y desde que la vieron a través de la ventanilla del coche, aquel domingo; desde que vieron el mar tan próximo y supieron del precio irrisorio de venta.

Estuvieron contemplando el mar un instante desde el ventanal antes de que el anciano les invitase a firmar el contrato en el piso de abajo. Se encaminaron hacia la escalera, cogidos de la mano, y fue entonces cuando Miguel reparó en la puerta de la izquierda.

-No nos ha enseñado esa habitación -dijo, sin tono de reproche.

-¿Lo dice por la puerta?

Miguel asintió.

-¿Van a tener hijos? -preguntó el anciano volviéndose hacia ellos.

-¿Perdón?

-Que si piensan tener hijos - insistió .

Ellos se miraron, sorprendidos.

-No, la verdad, -contestó la mujer mirando de reojo a Miguel.

-No nos gustan los niños -se excusó el hombre.

-Ni el matrimonio -aventuró el viejo, dejando escapar una mueca de desagrado.

-Ni el matrimonio, -aseveró él.

-Aunque uno nunca sabe lo que le depara la vida ¿verdad?.

Miguel trató de cerrar la conversación, con sequedad.

-Tal vez sí.

El viejo sonrió de nuevo. Esta vez abiertamente.

-Tal vez no - insistió-. Pero si no van a tener hijos no tienen por qué preocuparse. No les harán falta más habitaciones. Es una puerta falsa. Un embellecedor. Solo quisimos guardar la simetría del pasillo, con puertas a ambos lados ¿ven? Todo en esta casa tiende a ser perfecto, se habrán dado cuenta.

-Hasta el precio -susurró ella, sin intención de que sus palabras se oyeran.

-Efectivamente señora: hasta el precio. Perdón -rectificó inmediatamente el anciano-. Quise decir "señorita".

El viejo levantó el brazo levemente y lo movió, queriendo señalar toda la casa en su conjunto, antes de continuar hablando.

-No es su caso, obviamente, pero cuando se construyó esta casa se buscó la perfección.

-¿No es nuestro caso? No entiendo -dijo el joven.

-No me malinterpreten. Esta era una casa perfecta para una familia perfecta, ya me entienden: un marido, una mujer y unos hijos. Pero no es su caso.

-¿Y hay algún problema?

-Oh, no, no, -se apresuró a aclarar-. Simplemente quiero decir, si me permiten, que lo que está pensado para un fin concreto, en ocasiones tiende a buscar su razón de ser. ¿No creen? Por eso digo que uno nunca sabe lo que le depara la vida. Quién puede decir lo que ocurrirá mañana ¿verdad? -dijo, alzando cejas y hombros-. Además, y volviendo a la puerta, tal vez no se hayan dado cuenta, pero si esa puerta pudiese abrirse caerían directamente al océano. Yo no la atravesaría, la verdad, -dijo, y soltó por primera vez una risa leve, celebrando su propio chiste.

Los días pasaron rápidos y sin sobresaltos. Ni cañerías rotas, ni falta de agua caliente, ni goteras, ni nada que pudiera explicar el precio que habían pagado. La casa era perfecta a todas luces. Y simétrica absolutamente. Lo fueron comprobando poco a poco, y lo que al principio constituía una sorpresa agradable y un motivo de sonrisas de admiración hacia los antiguos decoradores -gnomos de piedra exactamente iguales a ambos lados del camino, dos viejos pinos al este y al oeste, setos recortados al milímetro por manos expertas-, pronto

a pasó a convertirse en la causa de una inquietud creciente e irracional.

Quisieron achacarlo a una autosugestión incontrolada, pero lo cierto es que más de una vez comprobaron, incrédulos, cómo los leños que arrojaban de cualquier manera a la chimenea, iban acomodándose, a medida que se quemaban, de forma que terminaban colocados con una simetría algo más que aparente.

Trataron sin embargo de no darle importancia y, en pocos días, muchos de estos sucesos se tornaron algo totalmente cotidiano. Así, dejó de llamarles la atención que los huevos fritos hechos en la misma sartén fueran idénticos o que al dejar caer desde la cama un par de pantuflas, estas quedasen colocadas perfectamente simétricas respecto a un eje imaginario perpendicular a la pared más cercana.

Algo fallaba, sin embargo. Fue Miguel quien así lo creyó, unos días después. Estaban en la cama, recién acostados. Ella semiincorporada, con un libro entre las manos, y él tumbado boca arriba, con las manos cruzadas tras la nuca.

-La casa no es simétrica -dijo.

-Que la casa no es ¿qué? -sonrió ella, más irónica que divertida.

-La casa en sí. No es simétrica -insistió-. Es cierto que lo de dentro lo es, pero la casa no.

-La casa también es simétrica. Tú lo dijiste. Tiene el océano al norte, la entrada al sur y, sobre ese eje, así lo dijiste exactamente, sobre ese eje es simétrica de este a oeste. O de oeste a este, que da igual.

-Me equivoqué.

Laura cerró el libro, confundida. Él continuó.

-Mira el techo -dijo-. No está a dos aguas. Para ser simétrico tendría que estar a dos aguas -simuló el tejado con las dos manos-, con el vértice sobre el eje norte-sur -pasó el índice de la mano derecha por las yemas de los dedos de la izquierda, sin moverlos de su posición-. O valdría con este techo inclinado -continuó con la izquierda inmóvil-, siempre que en vez de estar orientado al este -situó la mano paralela al techo-, lo estuviera al norte -la giró-. Su línea central, a la

larga, estaría sobre el eje de simetría que tiene el resto de la casa.

Laura levantó las cejas y resopló.

-Me perdí hace un rato, pero no creo que sea imprescindible repetirlo - dijo, y le besó en el pecho antes de acomodar allí su melena rubia.

El hombre continuó, ajeno a las caricias.

-Si damos por hecho que esto no es un fallo, lo nuestro solo sería media casa, y la otra media, simétrica a esta, tendría que estar hacia el norte.

-Suspendida sobre el océano ¿no? -se burló ella.

-Suspendida sobre el océano.

Se durmieron intranquilos. Ella preocupada por Miguel y su mirada ausente, y él porque se le antojaba que aquello no era casual.

O quizás sí. Cambió de idea a la mañana siguiente. Tal vez, incluso, el maniático o el loco que se había construido esta casa simétrica, a saber en qué año, había olvidado aquel detalle del tejado de la buhardilla y ello le había llevado a aborrecer todo el proyecto y a poner en venta la casa a un precio tan ridículo como aquel. El tema pareció quedar, así, aparcado.

Sin embargo, algo le haría volver a pensar en él apenas una semana después. Fue por una foto. La última foto del carrete cuyo revelado acababa de ir a recoger al pueblo. La que le había sacado a la casa desde un lateral, alejado ya, con el acantilado a la izquierda, aquella en su borde y el ventanal inmenso en la pared de la segunda planta.

Las había ido pasando una a una, despacio, mientras volvía caminando hacia la casa, por el camino de la costa. Había sonreído con algunas y se había culpado del encuadre de otras. Pero la última le hizo pararse en seco y soportar un dolor intenso en el estómago, o más adentro aún. Porque en la última foto, la que había tomado cuando se alejaba hacia el pueblo, aparecía, junto a su casa al borde del acantilado, otra construcción idéntica, un tanto borrosa, sin duda, pero reconocible. Como él lo había imaginado. Una casa unida a la suya y perfectamente simétrica a esta. Y, por supuesto, suspendida sobre el océano.

No le dijo nada a Laura. En parte por si estaba equivocado y se trataba

solo de un efecto óptico o un error en el revelado, y en parte por lo contrario; por si estaba en lo cierto. Y la sola idea le hacía estremecer. Se encerró en su cuarto de trabajo y digitalizó la foto para poder ampliarla en la pantalla del ordenador. El proceso le llevó unos segundos y fue tiempo suficiente para preguntarse qué era realmente lo que buscaba; cómo podría saber si se trataba de un efecto óptico o una realidad. Pronunció estas dos últimas palabras despacio y se sonrió por lo disparatado de la idea. Pero de sobra supo que esa sonrisa era la forma de desahogar un malestar creciente. La foto surgió de repente en la pantalla y la tensión le hizo dar un respingo.

-Qué busco -susurró.

Contempló la imagen durante unos minutos, tratando de descubrir alguna diferencia entre ambas casas que le permitiese asegurar, si es que eso no era el mayor absurdo, que no se trataba de un reflejo. Pero no las había. Parecía una copia exacta: la misma estructura, las mismas piedras en las paredes, la misma pintura en las ventanas y la misma figura de su novia saludándole desde el ventanal. Se detuvo entonces y notó cómo una ola de angustia le inundaba el vientre. Seleccionó con el ratón el área del ventanal de la casa suspendida sobre el océano y amplió la imagen hasta maximizar tamaño y nitidez. Fue en ese momento cuando sintió erizarse el vello de su nuca; cuando estuvo seguro de que la mujer de ese ventanal no era Laura.

Eliminó el archivo con un golpe brusco en el ratón en un intento inútil de negar la evidencia y se levantó de golpe, dejando que su espalda buscara el refugio mínimo de la pared. Miró hacia la derecha, hacia la puerta abierta de la habitación, y sus ojos tropezaron con la otra puerta; la simétrica a esta, en la otra pared del pasillo. La puerta falsa. La que no daba a ningún lugar.

Le temblaba la mano cuando la apoyó sobre el pomo. Realizó un giro leve de muñeca, convencido de que el pomo no seguiría su movimiento, pero se equivocó. Giró un poco más. El clic de la cerradura se confundió en sus oídos con los latidos violentos de su corazón. Empujó despacio, deseando encontrar la oposición de una pared de piedra, impenetrable. O, al menos, el precipicio que anunciase el océano, allá abajo. Pero no hubo oposición. Ni océano.

Asomó primero la cabeza y miró a derecha e izquierda. El pasillo se le antojó absolutamente familiar y el suelo perfectamente firme. Aun así, apoyó con temor la punta del pie derecho, tanteando la realidad de lo que veía. Ningún problema. Respiró hondo y adelantó todo el cuerpo, cerrando la puerta tras de sí, con cuidado, antes de apoyar la espalda contra ella. Trató de mantener la cordura, de conciliar lo que veían sus ojos con la indiscutible realidad de que, en ese punto geográfico, tenía que estar, por fuerza, suspendido en el vacío, unos doscientos cincuenta metros por encima del océano, y decidió olvidar esto último.

El pasillo era exactamente igual al que acababa de dejar atrás. Simétrico a él, en realidad. Las escaleras se encontraban en su pared de enfrente, a la derecha, y los ventanales presidían los extremos del pasillo. Delante de él había una puerta, idéntica a la que acababa de atravesar. En su casa esa puerta daría a su cuarto de trabajo. Avanzó hacia ella, desconfiado aún al apoyar sus pasos y tratando de no hacer ruido, sin saber muy bien por qué.

La abrió con recelo, temiendo que aquella ensoñación terminase allí, que todo desapareciera de repente y se encontrara de golpe sin nada bajo los pies. Pero tras la puerta había un cuarto. Tan real como el suyo. Tan auténtico y tangible como el resto de la casa en la que se encontraba.

Lo recorrió despacio. No reconocía los libros, ni los muebles, ni las cortinas, pero la habitación era idéntica. Tal vez esto último, que le daba un aire de familiaridad a la estancia, era lo que estaba consiguiendo tranquilizarle. Lo notó en su respiración pausada y en los latidos acompasados y menos fuertes de su corazón, justo un instante antes de que un detalle que le había pasado desapercibido estuviera a punto de parárselo. Una foto en un marco negro de madera, sobre la mesa. Una foto suya abrazando a un cocker peludo color canela que jamás había visto. Trató de cogerla, pero el temblor incontrolable de sus manos la arrojó al suelo y el cristal se partió, con estrépito.

-¿Antonio? -se escuchó.

La voz desconocida era de una mujer joven y parecía venir del piso de abajo. Como un relámpago, al hombre se le pasaron por la mente mil ideas y ninguna. Por primera vez sintió algo más que la inquietud de lo desconocido; un

miedo palpable y atroz que apenas le permitía coordinar sus propios movimientos. Pensó en escapar por la misma puerta que le había traído a esta locura, pero la voz sonó de nuevo, esta vez en el pasillo.

-¿Antonio? ¿Ha pasado algo?

Sin escapatoria posible, Miguel trató de imaginar una razón coherente y razonable para explicarle a la mujer el allanamiento flagrante. Algo que no le hiciera llamar a la policía, o a un marido con ganas de escarmentar al intruso con algún arma en un armario cercano. Pero no le dio tiempo.

La mujer apareció por la puerta del cuarto y Miguel la reconoció al punto. Aunque la imagen había salido algo borrosa, la mujer que estaba frente a él era la misma que aparecía en aquella foto, tras el ventanal de la casa suspendida sobre el océano. Intentó tragar saliva, pero fue incapaz de encontrarla. La mujer se acercó.

-¿Te encuentras bien, Antonio? -preguntó, apoyando la mano en su mejilla-. Estás pálido.

-Estoy bien, -dijo, absolutamente sobrepasado.

La mujer le besó en los labios, antes de hablarle de nuevo, en un susurro.

-No te preocupes por la foto -le dijo-; no me gustaba ese marco -sonrió, acariciándole de nuevo.

Miguel procuró devolverle la sonrisa, sin éxito. Ella se dio la vuelta y salió de la habitación, pero asomó la cabeza de nuevo un instante después, para dejarlo aún más sobrecogido de lo que lo estaba.

-Baja ya, anda, que los niños te están esperando para cenar -dijo.

Escuchó cómo la mujer bajaba por la escalera y se dirigió a trompicones hacia la puerta de enfrente del cuarto, la que había iniciado toda esta pesadilla. Tomó el pomo con fuerza, pero el sudor acumulado en sus manos le impidió asirlo. Se las frotó contra el pantalón con una urgencia desmedida.

-¿Qué haces, Antonio?

La mujer había vuelto a subir y estaba de pie junto a las escaleras, a unos diez metros de él.

-Los niños y yo te estamos esperando para cenar.

Miguel no contestó. Se secó las manos de nuevo y cogió el pomo. La mujer comenzó a andar hacia él.

-Antonio, me estás preocupando. Sabes de sobra que eso no es una puerta.

Miguel la vio acercarse, giró el pomo y tiró con fuerza para escapar de esa locura, para cerrar la puerta a sus espaldas y apuntalarla después; para no volver a abrirla nunca más y lanzar la cámara de fotos al acantilado. Pero la puerta no se abrió. Tiró con rabia, de nuevo, y otra vez más, y solo cuando se quedó con el pomo en la mano y trató de buscar los bordes de la puerta para forzarla comprobó, incrédulo, que no existían; que la pared era perfectamente lisa y la puerta un embellecedor auténtico.

Dio dos pasos hacia atrás y sintió que el pánico invadía cada rincón de su cuerpo.

La mujer le abrazó, preocupada y tierna.

-No estás bien hoy, Antonio -le dijo suavemente-. ¿No te das cuenta de que si atravesaras esa puerta caerías directamente al océano? Yo no lo haría, la verdad -añadió, y se rio levemente de su propio chiste.

